



## Varité

### Diálogo entre saberes: el psicoanálisis y las neurociencias

¿Cómo establecer entre saberes una relación de diálogo tal que resulte fructífera, sin caer en un eclecticismo teórico y clínico cuya consecuencia es la pérdida de la esencia? Pues, si bien no se trata de cerrarnos a toda nueva perspectiva, tampoco de copiar el modelo de nuestro interlocutor, ni de acomodar los postulados teóricos en aras de algún encuentro posible. Más bien la idea es hacer de este diálogo difícil una oportunidad fecunda para orientar nuestro discurso.

Juan Fernando Perez\*, nuestro querido colega de la NEL-Medellín, nos hizo llegar muy gentilmente, para esta *Varité*, un texto inédito en el que alienta a los analistas a esta tarea, con la perspectiva de abrir a través de este diálogo espacios importantes para la investigación, para la teoría y para la clínica psicoanalítica – pues no olvidemos que nuestra práctica también se reformula y se rectifica en una relación moebiana con las formulaciones teóricas.

Nos pregunta allí: "**¿acaso es que el trabajo de las neurociencias no tiene significación alguna para el examen de lo humano propiamente dicho? ¿Cómo el psicoanálisis podría nutrirse del trabajo de los neurocientíficos?**"



Encontraremos en su texto, ameno y preciso, una reflexión sobre este punto y una clara orientación a diferenciar la ciencia del cientificismo, el científico del cientificista; de modo de evitar generalizaciones, omisiones y polémicas innecesarias en las que corremos el riesgo de perdernos. Dice allí: "**También conviene distinguir las neurociencias propiamente hablando de sus enlaces con el cognitivismo-conductista, así muchos neurocientíficos se declaren tales (Newton también defendía ciertas doctrinas esotéricas), e igualmente, examinar si lo que la tradición filosófica ha llamado "el problema mente-cuerpo" es un problema que aun es necesario que sea pensado por el**

**psicoanálisis; y si lo es, sobre qué bases y con qué consecuencias para su investigación y desarrollo teórico".**

A su vez, Eric Laurent\*\* en la entrevista que le realizara la revista Agente Digital de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis (EBP) Sección Bahía, a propósito del nuevo orden simbólico del siglo XXI - cuyo texto reproducimos parcialmente -, nos recuerda que Freud **"se dirigía a esos saberes, neurología, biología, pero para hacer surgir algo que era absolutamente desconocido en estos campos."** Quizás este es uno de los aportes que el psicoanálisis puede hacer a las otras disciplinas.

Laurent transmite una posición muy clara para los psicoanalistas: **"a cada momento, nuestra contribución es la de mostrar lo que hay de irreductible en la experiencia psicoanalítica y, en especial, de la relación con aquel que el psicoanálisis llamó parlêtre y de su relación con el goce. Y, de eso, nadie más allá del psicoanálisis, habla.**

En pocos días estará con nosotros Miquel Bassols\*\*\*, nuestro invitado de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (ELP), de Barcelona, quien lleva muchos años investigando en este tema, a propósito del cual recientemente ha publicado un interesantísimo libro "Tu yo no es tuyo. Lo real del psicoanálisis en la ciencia", de la Editorial Tres Haches.

Acompañamos, entonces, esta *Varité* con una parte de uno de los capítulos de dicho libro que lleva por título *"Los zapatos de Antonio Damasio"*, a través del cual M. Bassols intenta situar y ubicar a partir del relato del científico, este real del inconsciente que anida en la ciencia de nuestro tiempo.

Al respecto Miquel Bassols opina: **"El malentendido de confundir el inconsciente freudiano con lo no-consciente o con el llamado "inconsciente cognitivo" se multiplica irremediabilmente cada vez que se intenta aprehenderlo como un objeto o criticarlo como un concepto. El malentendido llega a ser más grande todavía cuando se produce en nombre de la identidad del Yo, de la conciencia, o de sus supuestos substratos neuronales. El discurso de Antonio Damasio, por su repercusión actual en las neurociencias y las ciencias cognitivas, pero también en el llamado "Neuropsicoanálisis", nos parece paradigmático de este malentendido."**

Para seguidamente aclarar, **"El inconsciente, como sostuvo Lacan, es un corte radical introducido en lo real por el significante. Lejos de ser un automatismo aprendido, el inconsciente es precisamente lo que hace de obstáculo imprevisible a todo automatismo, borrando las huellas de las**

**sucesivas experiencias de satisfacción —de goce, dirá Lacan—, en las que ese sujeto esperaba representarse".**

Entonces, para el psicoanálisis todo diálogo es posible en la medida en que mantiene la diferencia entre el cerebro y el sujeto; y transmite y reconoce desde su práctica lo incurable en el *hablanteser* - recordando que si bien se trata del significante, también se trata de un agujero. Un agujero en el significante, y un agujero en el cuerpo.

El inconsciente real, sin lugar representable en el mapa, en el que el Yo *no* cesa de *no* representarse, en el que sujeto dividido por el significante y por un goce no es más que una falta todavía por escribir, al que sólo a través de la palabra y del lenguaje podemos acceder para tratarlo, y al que ninguna tecnología cerebral podrá capturar, nos fuerza así a seguir dialogando en el nuevo desafío que nos propone el siglo XXI.

### **Viviana Berger**

\*Psicoanalista, Miembro de la Nel y de la AMP. AME de la AMP. Ex-Presidente de la NEL. Profesor titular de la Universidad de Antioquia (Medellín)

\*\*Psicoanalista, miembro de la Ecole de la Cause Freudienne (ECF), de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

\*\*\*Psicoanalista, miembro de la ELP (Escuela Lacaniana de Psicoanálisis), Cataluña. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis

## Los zapatos de Antonio Damasio

(del libro "Tu yo no es tuyo", Capítulo 2. Lo real de las imágenes en las neurociencias y en el cognitivismo. Editorial Tres Haches, 2011)

Miquel Bassols

*Soy una habitación oscura en la que han encendido la luz: no hay manera de que se pinte por su ojo de aguja la imagen de lo que sucede afuera. El inconsciente no es subliminal, débil claridad. Es la luz que no deja su sitio a la sombra*

El malentendido de confundir el inconsciente freudiano con lo no-consciente o con el llamado "inconsciente cognitivo" se multiplica irremediabilmente cada vez que se intenta aprehenderlo como un objeto o criticarlo como un concepto. El malentendido llega a ser más grande todavía cuando se produce en nombre de la identidad del Yo, de la conciencia, o de sus supuestos substratos neuronales. El discurso de Antonio Damasio, por su repercusión actual en las neurociencias y las ciencias cognitivas, pero también en el llamado "Neuropsicoanálisis", nos parece paradigmático de este malentendido. Como Eric Kandel, tuvo y sigue manteniendo un vivo interés por la obra de Sigmund Freud, interés que no duda en calificar de ambivalente<sup>[1]</sup>, marcado a la vez por la atracción y por el rechazo, pero que actúa siempre como trasfondo de sus investigaciones y desarrollos. Una lectura de los impasses a los que llega en su último libro<sup>[2]</sup> seguramente no bastará para deshacer el malentendido, más bien lo aumentará en algunos casos. Pero si seguimos aquella máxima lacaniana que hoy nos parece un imperativo ético, "hacer de sus escollos boyas de nuestra ruta"<sup>[3]</sup>, tal vez podamos situar algo mejor este real del inconsciente que anida en la ciencia de nuestro tiempo.



### El cerebro como mapping

Hemos comentado ya en otro lugar el curioso deslizamiento que supone la traducción del título original del libro de A. Damasio, *Self Comes to Mind*, por *Y el cerebro creó al hombre*. Es toda una declaración de fe que el guiño irónico de la traducción no llega a esconder y que dice muy bien, en efecto, el grado de confusión al que se llega cuando se identifica sujeto y cerebro. En realidad, tanto una idea —la de que el Yo llega o adviene a la mente por un

proceso cerebral—, como la otra —la del cerebro como causa y creador del ser que habla—, están siempre implícitas en la ideología cognitivista. Las dos se apoyan en un presupuesto presente en la argumentación de A. Damasio: el Yo y la mente, localizadas en el cerebro, serían el microcosmos que representa, haciendo su mapa —*mapping*—, la realidad exterior entendida como un macrocosmos. Es un presupuesto que Lacan no se cansó de criticar por la impostura ideológica que supone en su apariencia de ciencia, pero la metáfora —más que la hipótesis— sigue penetrando de tal manera en todos los rincones de las neurociencias y del cognitivismo que es preciso señalarlo una vez más: cualquier intento de localización cerebral del inconsciente estructurado como un lenguaje y del Yo que se simboliza en él, es una pura negación del descubrimiento freudiano del inconsciente y un retorno a la caverna psicologista de la que el propio Freud lo había sacado.

La idea del cerebro como órgano mapeador que guarda las imágenes de una realidad exterior, una realidad que ya estaría ahí dada de entrada, es de hecho el significante amo de la concepción de A. Damasio. Más allá o más acá de la inadecuada metáfora del cerebro como ordenador, modelo cada vez más puesto en cuestión en las propias ciencias cognitivas, se sigue atribuyendo igualmente a este cerebro propiedades subjetivas. "El rasgo distintivo de cerebros como los que poseemos es la sorprendente capacidad de crear mapas [...] Cuando el cerebro hace mapas, se *informa*"[4]. La falacia mereológica que supone tal afirmación llega a un punto álgido cuando esta capacidad de crear mapas llega a incluir al propio mapeador en el mapa, en una imagen que dará lugar al Yo. "Algunas imágenes, que probablemente se originan en el cerebro cuando hace mapas de sí mismo haciendo mapas, son de hecho muy abstractas"[5]. Se trata, en efecto, de una nueva versión del bucle infinito propio de las paradojas y espejismos de la conciencia y del Yo psicológicos: un cerebro que no solo mapea la realidad "exterior" y el cuerpo "interior" sino que se mapea a sí mismo haciendo mapas, en uno de los cuales se mapea a sí mismo haciendo mapas, en uno de los cuales... El Yo sería esta recurrencia infinita instalada en el cerebro: "mapeando el cuerpo de una manera integrada, el cerebro consigue crear el componente decisivo de lo que acabará convirtiéndose en el yo."[6]

Cabe preguntarse en primer lugar qué supone aquí la noción de *mapping*, de qué se trata en realidad en un mapa. Lejos de la simple concepción de una imagen que reproduce un objeto, imagen a la que Damasio hace equivaler en muchos momentos este proceso de *mapping*, un mapa supone en realidad muchas cosas más: supone fronteras, límites, contornos, espacios interiores y exteriores. Y, sobre todo, no debemos olvidar lo que hace que un mapa cumpla su función de mapa como representación de un territorio, una representación siempre distinta a este territorio pero que determina, hasta producirlos, sus distintos lugares y sus distintas significaciones: son los nombres, los significantes que convierten la reproducción del territorio, a

mayor o menor escala, en una estructura de lugares simbólicos. Un mapa sin significantes deja de ser un mapa para quedar reducido a una reproducción imaginaria en la que resulta imposible orientarse ni localizar espacio alguno. Y mucho menos el pasaje de un interior a un exterior. El modo en el que podría producirse este *mapping* imaginario es un absoluto enigma para A. Damasio, como lo es para cualquier concepción que no incluya la estructura del lenguaje como lugar del Otro desde el que se producen y se distribuyen las regiones de cualquier mapa. En realidad, el propio A. Damasio no deja de afirmarlo en su pragmatismo aunque no encuentre por ello ningún obstáculo en su construcción: "La idea de mapa como una entidad discreta es tan solo una abstracción útil" [7], una abstracción, sin embargo, que está en la base de su modelo y que escondería la complejidad de las interconexiones neuronales implicadas en el proceso de la conciencia y de la creación del Yo. Pero, precisamente, este es todo el problema: cómo pasar de un real neuronal a un mapa que es ya una representación simbólica, representación que supone un mundo de lenguaje previamente estructurado. Este mundo de lenguaje, lejos de poder reducirse a cualquier substrato neuronal, solo puede localizarse en el lugar del Otro, tan exterior como interior al propio sujeto, lugar del Otro en el que Lacan empezó por situar el discurso del inconsciente freudiano.

Pero en la concepción de Damasio, el "inconsciente cognitivo" quedará reducido a una serie de automatismos aprendidos, habilidades adquiridas a copia de prácticas repetidas y presentes, a "una segunda naturaleza" que para el Yo tendría únicamente la condición de lo no-consciente. La consecuencia moralizante que Damasio extrae de este modelo recordará al lector de Lacan lo peor de una Psicología del Yo que promovió toda una ideología de la adaptación y de la infatuación yoica: "La deliberación consciente, bajo la guía de un yo fuerte construido bajo una biografía organizada y una identidad definida, es una consecuencia de primer orden de la conciencia." [8]

En realidad, digamos ya que el propio cerebro y el sistema neuronal, que A. Damasio confiesa con toda razón no poder deslindar claramente del conjunto del cuerpo, son ya una abstracción en este *mapping* con el que se supone que aprehendemos y nos representamos lo real. La imposibilidad, incluso física, de separar al cerebro como un órgano del resto del sistema neuronal, y a éste del conjunto del cuerpo, hacen que el supuesto mapa tenga unas fronteras tan diluidas, cuando no totalmente ausentes, que el mapeador en cuestión —el propio cerebro, según Damasio—, es finalmente una suerte de exiliado permanente de su propio mapa.



MIQUEL BASSOLS I PUIG

## Tu Yo no es tuyo

Lo real del psicoanálisis en la ciencia



TRES HACHES

Un mapeador exiliado de su propio mapa del que se han borrado ya los nombres y las fronteras escritas. No es mala imagen — metáfora más bien—, para aprehender por nuestra parte lo más real del sujeto del lenguaje: un sujeto que falta siempre a su representación y del que solo tendremos, como indicó el término forjado por Freud y recordado por Lacan, el representante de su representación [9]. Un representante, esto es, un cónsul que lo representa en su ausencia de la escena, una ausencia de representación a la que lo tiene condenado su permanente exilio por el hecho de habitar un mundo de lenguaje. Es precisamente este representante de la representación el que Freud designó propiamente con el término de

inconsciente. El inconsciente no es, en efecto, un proceso o una inscripción subliminal, un menor grado de consciencia que llegaría finalmente a apagarse o a mantenerse subterráneo a la conciencia como un proceso aprendido como automático, noción con la que A. Damasio sigue borrando —y nunca mejor dicho— el inconsciente freudiano del mapa. El inconsciente, como sostuvo Lacan, es un corte radical introducido en lo real por el significante. Lejos de ser un automatismo aprendido, el inconsciente es precisamente lo que hace de obstáculo imprevisible a todo automatismo, borrando las huellas de las sucesivas experiencias de satisfacción —de goce, dirá Lacan—, en las que ese sujeto esperaba representarse. En este mapa de huellas borradas que es el inconsciente, el sujeto nunca podrá encontrar ya su unificación en un Yo supuesto mapeador de la realidad y de su cuerpo.[10] En este punto, de nuevo, tu Yo no es tuyo sino de un goce siempre perdido en el que no encuentras como sujeto representación posible.

Por el contrario, solo una ideología del Yo ideal, encerrada en su bucle infinito, podría reducir este sujeto del lenguaje y del goce al cartógrafo cerebral que propone A. Damasio: "El cerebro humano es un cartógrafo nato, y la cartografía nació como el mapeo del cuerpo que contiene el cerebro"[11]. A falta de la noción de significante y de goce, no es de extrañar la enorme dificultad que expresa el propio Damasio para explicitar las condiciones de este mapeado en el que el mapeador se mapearía a sí mismo... "No es fácil mostrar cómo se produce el mapeo. No es una simple copia, una transferencia pasiva desde el exterior del cerebro hacia el interior"[12]. ¡Por supuesto! Convendría una nueva topología, —es la que Lacan construyó pacientemente durante su enseñanza—, para desentrañar un poco este galimatías en el que el

interior y el exterior se confunden tan necesariamente como la copia y lo copiado. El expediente de identificar el "yo-como-objeto" y el "yo-como-conocedor" para evitar un nuevo dualismo no resuelve sino que multiplica esa dificultad.[\[13\]](#) Una simple referencia al estadio del espejo de Lacan aclararía, sin embargo, que es desde el "exterior" de la imagen especular, alteridad absolutamente necesaria, como el cuerpo construye su unidad, sus fronteras siempre precarias, su Yo nunca del todo suyo a partir de entonces. Y ello a través de las sucesivas experiencias de satisfacción en las que el sujeto resuelve la fragmentación de su cuerpo en la serie de objetos pulsionales enumerados por la experiencia analítica: seno, excremento, falo, voz y mirada. Son estos objetos pulsionales los que causan la división irreducible del sujeto que anotamos con la \$ del sujeto tachado.

El inconsciente real

¿Pero dónde encontramos finalmente a este sujeto tachado en el discurso de A. Damasio? Allí donde solemos encontrarlo cada vez en la experiencia, en sus formaciones del inconsciente y en su división producida por el despertar de la angustia. Digamos que, en este punto al menos, A. Damasio recibe todavía ciertos ecos de lo que debió ser su lectura de Freud, ya que es a propósito de esta lectura como tendrá la honestidad, aunque haya sido sin saberlo del todo, de hacernos presente esta división. Veamos cómo[\[14\]](#).

Su libro se abre precisamente con la evocación de un momento de despertar: "Cuando desperté, estábamos bajando. Había dormido bastante rato como para que me pasaran por alto las informaciones sobre el aterrizaje y el tiempo. No había estado consciente ni de mí ni de lo que me rodeaba. Había estado inconsciente."[\[15\]](#) En efecto, nunca un Yo podrá decir: "Yo soy inconsciente" o "Yo estoy inconsciente". Y es por esto, precisamente, que *lo* inconsciente — mejor substantivarlo ahora as no podr<sup>할</sup> ser nunca entendido como un estado, ni como un proceso subliminal a la conciencia que sería entonces su reverso. No, ese "inconsciente cognitivo", esa no-conciencia que le habría hecho pasar por alto a A. Damasio las informaciones del lugar de destino al que estaba llegando, no es ni será nunca el inconsciente freudiano. El inconsciente real está siempre en Otra parte, en Otro destino.

¿Estaría tal vez el inconsciente real en el sueño que Antonio Damasio olvidó solo despertar para recobrar su Yo, ese sueño que hubiera sido su verdadero destino como sujeto Antonio Damasio, más allá de su Yo? Pero resulta que Antonio Damasio, según él mismo nos confiesa, suele olvidar siempre *todos* sus sueños si no los escribe —lo que, por otra parte, es siempre otra forma de "olvidarlos"—.

¿Todos? No, no todos. Hay al menos uno que no se deja olvidar por mucho que el sujeto quiera y que nos dice algo de sus supersticiones.[\[16\]](#) Es un enigmático sueño que lo acucia —una "leve pesadilla recurrente"—, y que



suele tener la vigilia de pronunciar una conferencia. De hecho, el propio A. Damasio nos acaba de confesar un poco antes su embarazo ante la invitación a dictar una conferencia sobre Freud y la neurociencia: "Es el tipo de propuesta que habría que rechazar por completo, pero me sentí tentado y acepté" [17]. Y es así como nos narra después su sueño. "Las variaciones compartían siempre la misma esencia: llego tarde, muy tarde, y me falta alguna cosa fundamental. Tal vez me han desaparecido los zapatos, o la sombra de las cinco de la tarde se está transformando en una barba de dos días y no encuentro en ninguna parte la máquina de afeitar, o el aeropuerto ha cerrado a causa de la niebla y no puedo volar. Me siento angustiado y a veces avergonzado, como cuando (en el sueño, por supuesto) caminaba por el escenario descalzo (pero con un vestido de Armani).

Es por ello que, todavía hoy, no dejo nunca los zapatos para que me los limpien en la puerta de la habitación del hotel" [18].

Se trata, en efecto, de uno de aquellos sueños de repetición en los que Freud, en su famoso "Más allá del principio del placer" [19], encontró una de las formas en las que lo real del trauma se hace presente en una repetición que está siempre más allá del principio del placer. Por supuesto, las asociaciones del propio Antonio Damasio sobre cada elemento de su pesadilla serían necesarias para desplegar las diversas significaciones tejidas en la trama de su inconsciente.

Con las variaciones de un mismo punto que se repite, lo real vuelve siempre al mismo lugar porque no llega a tenerlo del todo, llega solo para dividir al sujeto en la angustia y en la vergüenza. Son éstos precisamente los dos afectos por excelencia que en el Yo son signos de un goce, un displacer, tan ignorado por el Yo como experimentado como cierto por el sujeto. El inconsciente real es precisamente este lugar, sin lugar representable en el mapa, al que el sujeto Antonio Damasio siempre llega tarde, muy tarde, demasiado tarde para poder decir que el inconsciente es el mapeador que siempre faltará en su mapa. Este real en el que él, como Yo, *no* cesa de *no* representarse es el inconsciente que le pesca a punto de despertar para dejarlo después con el sentimiento de una falta fundamental, una falta que podemos escribir muy bien con la \$ del sujeto tachado, del sujeto dividido por el significante y por un goce ignorado.

El inconsciente freudiano es este real todavía por escribir, un real que *no* cesa de *no* escribirse en el sistema neuronal por muchos *mappings*, escaneados o resonancias magnéticas que le apliquemos. Solo a través de la palabra y del lenguaje podemos acceder a él para tratarlo.

¿Cómo insiste en hacerse representar, sin embargo, este real tan íntimo que el sujeto lleva pegado como una parte de su cuerpo? Precisamente con una falta,

la falta de los zapatos que brillan por su ausencia en el escenario del sueño. Y brillan más en la medida que el sujeto

siempre llega tarde a su conferencia, a su cita con lo real del objeto. Así pues, el inconsciente real de Antonio Damasio son estos zapatos que teme perder y que *no* cesan de *no* estar en la puerta de su habitación del hotel cada noche previa a una de sus conferencias. Son esos zapatos, como todo buen síntoma, el reverso de lo más real de su inconsciente que solo el propio sujeto podría decidirse a descifrar.

Aunque, por supuesto, para ello haría falta admitir primero que unos zapatos, en tanto significantes, son tan buena cosa como un cerebro para "crear al hombre", es decir, para representar al sujeto de su inconsciente.

1. Antonio Damasio confiesa así esta ambivalencia ante la invitación a dictar una conferencia sobre Freud y la neurociencia. "Dediqué semanas a repasar textos de Freud, oscilando entre la irritación y la admiración como me ocurre siempre que lo leo". Damasio, A. (2010), p. 249.
2. Damasio, A. (2010).
3. Lacan, J. (1958a), p. 568.
4. Damasio, A. (2010), p, 97.
5. Ibidem, p. 197.
6. Ibidem, p. 136.
7. ] Ibidem, p. 130.
8. Ibidem, p. 371.
9. Es la famosa *Vorstellungrepräsentanz* —representante de la representación—, que Lacan transcribió en la noción de significante. La cita que hemos tomado como exordio de este capítulo ofrece la interpretación que Lacan propuso del término freudiano, realizada tantas veces en su seminario y comentada ahora con una bella y luminosa imagen.
10. Ver al respecto, Laurent, E. (2010), p. 283 y ss.: "Las huellas del inconsciente freudiano no son las del aprendizaje [...] La materialidad del inconsciente está hecha no de aprendizaje sino de cosas dichas al sujeto, cosas que le han hecho daño y cosas imposibles de decir que le hacen sufrir [...] La primera consecuencia es que no hay nunca representación unificada del sujeto de la experiencia de goce".
11. Damasio, A. (2010), p. 98.
12. Ibidem, p. 99.
13. Volver a reunir en la figura de un yo ideal lo que la propia investigación científica debe mantener como necesariamente separados en un Yo y un Objeto, es un salida por la tangente que encontramos varias veces

en el discurso, tanto de A. Damasio (2010) p. 24, como de buena parte de los investigadores sobre este tema.

14. Señalemos que las cuatro páginas tituladas por A. Damasio "El inconsciente freudiano" nos han parecido sin duda las más jugosas de su libro. Cumplen en su mapa la función que tenían en los mapas antiguos las zonas delimitadas en blanco con el nombre: *terra incognita*. Pero incluso en esas zonas, los sueños y otras formaciones del inconsciente dan testimonio de los extraños habitantes de su geografía: *hic sunt dracones*, aquí hay dragones, aparece escrito en ellas algunas veces.
15. Ibidem, p. 15.
16. Sí, también los científicos son supersticiosos a causa de los significantes que los representan "en su ausencia" en el inconsciente. Y esas supersticiones siempre tienen que ver, más de lo que podría parecer, con sus investigaciones y descubrimientos. El ejemplo del gran físico Wolfgang Pauli y sus "sincronicidades" es tal vez uno de los más conocidos por haber sido tratado y comentado por Carl Gustav Jung.
17. Damasio, A. (2010), p. 249.
18. Ibidem, p. 252.
19. Freud, S. (1920).

## El Superyó a medida

### Una entrevista con Eric Laurent sobre el nuevo orden simbólico en el siglo XXI

@gente: El debate epistemológico en el siglo XXI incluye nuevos saberes, pregunto: ¿Con qué saberes los futuros psicoanalistas tendrán que aprender a dialogar y cuáles serían sus contribuciones?



**Eric Laurent: El debate epistemológico para el psicoanálisis no es un debate que suceda en el cielo de las ideas. Es un debate crucial para la práctica del psicoanálisis en sí misma.** El psicoanálisis puede dialogar con ciertos saberes que tengan en cuenta el inconsciente como dimensión esencial para una experiencia psicoanalítica, pues dependiendo de la concepción que se tenga del inconsciente, es posible dialogar con ese o aquél saber. Cuando Freud se dio cuenta de que el psicoanálisis tenía una parte ligada a la neurología y a la biología de su época, pudo dialogar a su modo con la neurología, y ese diálogo se llama "Proyecto de una psicología para Neurólogos". Luego dialogó con la biología, y su modo de dialogar con esta fue describir algo hasta entonces completamente desconocido por la biología y que él llamó de "más allá del principio del placer".

**Es decir que él se dirigía a esos saberes, neurología, biología, pero para hacer surgir algo que era absolutamente desconocido en estos campos.** O sea, la neurología conoció ese principio de la psicología que incluía el desplazamiento de la representación de las palabras, e igualmente la biología pudo conocer esto que era completamente extraño para su época, a saber, la pulsión de muerte. Actualmente, en la biología, se habla del proceso de muerte de células de un modo radicalmente nuevo con la noción de apoptosis. La apoptosis, que significa una muerte celular programada, es considerada como uno de los mecanismos cruciales del organismo para la conservación del viviente, pero, nada de eso tiene relación con la pulsión de muerte. Aunque la apoptosis saque a la luz una especie de saber ya inscripto en el organismo, la pulsión de muerte es algo completamente distanciado de este saber.

Y Lacan, con su modo de leer Freud, agregó que ese rasgo, que estaba presente en el "Proyecto", no tenía relación con la física, tal como Freud pensaba, pero que respondía a otras leyes, como demostró la práctica del

psicoanálisis, y que se trataba del significante. Que se trataba del significante y también de un agujero. Un agujero en el significante, pero también un agujero en el cuerpo. Claro que una vez que tomamos las cosas de esa manera se promueve una subversión entre el psicoanálisis y esos saberes. Es realmente importante hacerles entender a los biólogos que lo real de ellos sobre la muerte es diferente de la pulsión de muerte y de la dimensión subjetiva. Del lado de los lingüistas, es importante demostrar que algo hace obstáculo en el lenguaje, y que la idea de una lengua sin equívocos es un sueño que ellos no consiguieron realizar.

**Yo diría entonces que nuestro diálogo con los saberes, inclusive con las neurociencias, con las ciencias que se agarran a aquello que se puede decir con el significante, es en el sentido de hacer valer los objetos que llamamos de irreductibles a ese tipo de aproximación científica. Es esa la meta del psicoanálisis. Así como las ciencias del lenguaje se centran en la lengua, así como las ciencias de la lógica se centran en lo real, así como las ciencias clínicas se centran en la singularidad radical del síntoma, nuestro diálogo busca apuntar nuestra irreductibilidad.** Naturalmente, no implica en contentarnos con una especie de aislamiento benigno, satisfechos con nuestra particularidad. Tratase más bien de saber como demostrar nuestra posición, en la medida en que los saberes siempre se desplazan. Eso impone que debemos informarnos, pero informarnos de tal modo que podamos siempre hacer surgir lo que hay de irreductible en los fenómenos que componen el campo del psicoanálisis, fenómenos que no pueden ser abordados por ningún otro saber.

Hay, con mucha frecuencia en el psicoanálisis, inclusive porque muchas veces los psicoanalistas no están de acuerdo sobre cómo colocarse delante de los nuevos saberes, una tentación de hablar a partir del discurso de moda. O sea, en sintonía con el discurso dominante en determinado momento. Cuando la física fue dominante en una época hubo la tentativa de algunos psicoanalistas de incluir la cibernética para intentar resolver los problemas del psicoanálisis. En el momento actual, son las neurociencias que surgen como campo de saber dominante, y entonces surgen los psicoanalistas que tratan de crear el neuro-psicoanálisis, intentando copiar los modelos de las neurociencias. Así como, cuando la biología hizo sus avances, un tal Hartmann trató de reducir el psicoanálisis al contexto de la psicología general. Todo eso nos muestra cuál es la mala manera de dialogar.

No se trata de tratar de entrar en la psicología general, en la neurología general o física general, se trata, para nosotros, precisamente de demostrar que en la civilización los saberes se acumulan, se substituyen, se desplazan, una vez que la civilización misma está en constante transformación y siempre hay nuevos problemas para ser solucionados. Pues bien, **a cada momento, nuestra contribución es la de mostrar lo que hay de irreductible en la**

**experiencia psicoanalítica y, en especial, de la relación con aquel que el psicoanálisis llamó de parlêtre y de su relación con el goce. Y, de eso, nadie más allá del psicoanálisis, habla. Se trata precisamente de hacer evidente la pertinencia de esos fenómenos y de demostrar que ellos no pueden ser descriptos por otros abordajes a no ser a través de esa extraña experiencia que es el psicoanálisis y que, a pesar de no ser una ciencia, no puede existir sin la ciencia.**

Entrevista a cargo de la revista Agente Digital número 7 de La EBP Sección Bahia.

Ver entrevista completa

en <http://agente.institutopsicanalisebahia.com.br/entrevista.html>



## ¿Debe el psicoanálisis cuestionar toda producción de las neurociencias?

Juan Fernando Pérez

Existe la tendencia entre diversos psicoanalistas de la orientación lacaniana (y probablemente entre analistas de orientaciones diferentes), a ver en todo lo que se produce en el campo de las neurociencias una aberración de la ciencia y por tanto a considerarle como un campo que debería someterse a un constante e implacable cuestionamiento. Hay no pocas razones para que una posición tal pueda encontrar promotores entre los analistas; pero igualmente pueden exponerse otras para señalar que un cierre absoluto a una perspectiva distinta es una posición equivocada e infortunada, con consecuencias a largo plazo para la práctica analítica. Ello no significa que la vía para la relación con esas disciplinas deba ser aquella que han propuesto investigadores como el premio Nobel de medicina Eric Kandel, quien supone que el psicoanálisis ha de ser la psicología que, articulada con una psicología general, dé soporte a las neurociencias para describir sus hallazgos (en cierto sentido Freud pensó el tema de manera similar a Kandel, y el *Proyecto de una psicología para neurólogos* es un esfuerzo inaugural en esa perspectiva,...); o la que recorren varias corrientes que se movilizan en torno a la IPA, en una perspectiva más o menos análoga a la de Freud y Kandel, haciendo concesiones teóricas y clínicas importantes que se traducen en un eclecticismo que termina por arrinconar toda subjetividad en aras de una pretendida científicidad. Pero cabe la pregunta: ¿acaso es que el trabajo de las neurociencias no tiene significación alguna para el examen de lo humano propiamente dicho? No dudo que al psicoanálisis le interesa y se nutre del trabajo de los historiadores, de los escritores, etc., ¿pero solo negativamente del de los neurocientíficos?



No hay duda que a partir de las neurociencias se lanzan a menudo hipótesis ligeras sobre asuntos que van más allá de su campo más específico; que muchas de sus investigaciones se adelantan sobre supuestos algo más que dudosos; que allí cobra apoyo una psiquiatría que, de hecho o por convicción, reduce lo humano a un tráfico milagroso de sustancias y a meras acciones de lo orgánico, y que dada la necesidad que tienen los neurocientíficos de disponer de un lenguaje que describa las implicaciones de sus hallazgos en el orden humano, muchos de ellos se sirven de un positivismo con frecuencia grosero y hacen del cognitivismo conductista una base importante de muchos de sus enunciados, todo lo cual le resta consistencia y verosimilitud a esas disciplinas. Por lo demás, el carácter belicoso y triunfal de algunos de los

defensores de tales enunciados, hace que su andar se le mire a menudo como algo inaceptable desde el ámbito analítico.

Estimo, no obstante, que es necesario no cerrar toda posibilidad al examen de lo que las neurociencias producen como tales, y por tanto que los analistas no pueden conformarse con ser simples espectadores o impugnadores de oficio de lo que ocurre en ese campo. Considero que un absolutismo allí, incurre en lo que se le puede reprochar a muchos de aquellos que rodean a ese saber o se inspiran en él, el fanatismo y la torpeza de miras. Si bien es claro que los analistas deben ser consistentes en la defensa de sus principios, de sus conceptos fundamentales y de sus proposiciones centrales, esto no puede confundirse con la obcecación y con la repetición pura y simple de la doctrina mejor definida.

Para examinar en forma más específica el problema, propongo distinguir la ciencia del científico; igualmente a los científicos de los científicas. No hacerlo conduce no pocas veces a generalizaciones y omisiones, muchas de ellas, importantes, y a polémicas con frecuencia innecesarias. También conviene distinguir las neurociencias propiamente hablando de sus enlaces con el cognitivismo-conductista, así muchos neurocientíficos se declaren tales (Newton también defendía ciertas doctrinas esotéricas), e igualmente, examinar si lo que la tradición filosófica ha llamado "el problema mente-cuerpo" es un problema que aun es necesario que sea pensado por el psicoanálisis; y si lo es, sobre qué bases y con qué consecuencias para su investigación y desarrollo teórico.

Por mi parte, me resisto a aceptar que este último asunto sea un falso problema y que, por tanto, el mismo se hallaría totalmente resuelto para el psicoanálisis, sin que éste requiera continuidad o elaboración adicional alguna. Seguramente hay bases claras en cuanto a la perspectiva general para su abordaje, bases que difieren por completo de las de los neurocientíficos en general, o de las algunos de sus asociados habituales, llámense filósofos de la mente reduccionistas (aquellos cuyo oficio consiste en "achatar el mundo" – según la elocuente expresión de Thomas Nagel–), los psicólogos cognitivo-conductistas (ibidem) o los psiquiatras meramente organicistas (ibidem); pero hay y habrá un conjunto de preguntas que se plantean en la articulación del inconsciente con la materia orgánica, que sus respuestas deben, a mi juicio, enriquecer el psicoanálisis.

Porque por lo demás, conviene recordarlo, los analistas son consultados por múltiples fenómenos que suceden en el cuerpo: impotencias sexuales, alergias, parálisis, convulsiones,... y responden, con legitimidad, a esa demanda, en tanto suponen, de una u otra forma, que existe una articulación, un anudamiento entre lo inconsciente y la materia orgánica, el cual es posible de ser pensado y tratado desde el psicoanálisis, así éste desconozca aun

diversos matices y características de tales anudamientos y de sus lógicas. Por lo demás el analista sabe que si sospecha en un analizante suyo un tumor por ejemplo, ha de proponer al menos una consulta con un médico especialista, lo cual no necesariamente hace en el caso de una impotencia sexual. ¿Qué se puede deducir de ello? Lo mínimo es que esa articulación con lo orgánico interesa esencialmente al psicoanálisis. Y cabe recordar, como lo señalaba recientemente la analista española Marta Serra a propósito de una conferencia de J.-A. Miller, que en el seminario XXIII Lacan volvió a la pregunta por el cuerpo, más allá de lo simbólico, y que volvió a reconocer, con elementos adicionales, esa dependencia miserable con el cuerpo.

Quizás parezca una cuestión de Perogrullo afirmar que no hay ningún fenómeno subjetivo, sea cual sea la naturaleza del mismo (un lapsus o un sueño, por ejemplo), que no exija, para poder darse, que un mecanismo fisiológico entre en acción, como condición necesaria del mismo, si bien ello no es suficiente. Que se confundan en diversos campos las condiciones de existencia de un fenómeno con sus causas (la psiquiatría orgánica, por ejemplo opera a partir de esa confusión), pero que ello no implica que haya que olvidarse por entero de esas condiciones de existencia, así como no se descuidan otros hechos comparables. Dicho brevemente, que los muertos no sueñan, ni tienen síntomas, y que por tanto lo viviente en tanto tal, interesa. J.-A. Miller, a mi juicio, propuso tesis formidables con su biología lacaniana para darle nuevas vías de trabajo al problema, las cuales no pueden considerarse de ninguna manera como el cierre de una perspectiva (como algunos lo asumen), sino como un encauzamiento fundamental que debería ser continuado. Ello implica indicar que hay algo para trabajar aun en los anudamientos del sujeto entre lo simbólico, lo real-viviente y lo imaginario, por ejemplo. Y es igualmente cierto, a mi juicio, que el problema ofrece aun escollos difíciles de resolver, epistémicos por ejemplo, pero no por ello ha de declararse un falso problema.

La ciencia, los científicistas y los científicos

Son conocidos esa especie de ideólogos que en diversos contextos se denominan los científicistas. Son aquellos cuyo oficio consiste básicamente en pasearse por escenarios diversos ensalzando los logros de la ciencia y repitiendo con furor su doctrina más definida; en primer lugar, destacando sus implicaciones en la técnica, y por consiguiente, los efectos loables (raras veces los cuestionables) en la vida de los humanos; a la par, se ocupan de vituperar todo aquello que, por una u otra razón, no responda al modelo de la ciencia. Andan así, de cacería, como los inquisidores, buscando quién se aparta de los marcos de sus verdades, para someterlos al fuego de sus hogueras.

Su poder ha llegado a ser tan grande, que muchos trabajadores de disciplinas que por su naturaleza no pueden tener el estatuto de ciencia, prefieren adoptar

una apariencia de serlo (experimentan, hacen cálculos, la cifra aparece como garante de sus enunciados, manipulan sustancias, desprecian al sujeto y lo singular,...) para conseguir (al menos imaginariamente) ser admitidos en el campo, antes de enfrentar las dificultades teóricas y prácticas que implica la condición humana. Así lo hacen, por ejemplo, muchos de los llamados científicos sociales, los psicólogos cognitivo-conductistas, los psiquiatras organicistas, y aun algunos psicoanalistas, entre otros. Si algo caracteriza a los científicistas es pues su fanatismo, el cual no es otra cosa que una forma contemporánea que adquieren los fanatismos religiosos. También éstos se caracterizan por no haber producido nada en el campo de la ciencia, pues se trata solo de divulgadores con prisa para exhibir(se bajo) las sentencias más relucientes de la ciencia. No obstante, se presentan no pocas veces como verdaderos científicos y a veces reemplazan a éstos en sus lugares, en especial en la escena universitaria.

Hay que diferenciar entonces al científicista del científico, aun cuando se les halle a menudo reunidos en los mismos ámbitos con empeños comunes; esto, a pesar de que haya científicos que acompañen a los científicistas en sus posturas (el gran Richard Feynman, por ejemplo, tiene páginas desafortunadas de ese corte. Ver *El placer de descubrir*, Crítica, Barcelona, 2000). A los científicos (que son menos numerosos de lo que se cree o se proclama) aquello que les caracteriza verdaderamente es su esfuerzo en producir saber nuevo. El científicista, por el contrario, se relame en lo ya sabido y naturalmente le perturban las correcciones que la investigación científica produzca cuando hay redefiniciones necesarias de alguna tesis. Es posible concluir por tanto, que el científico no confunde la firmeza en sus posturas con el fanatismo.

Uno de los hechos que es necesario examinar en un debate con el científicismo es, como queda señalado, la significación que se le asigne a la técnica científica. Ésta constituye un campo privilegiado por los científicistas al tratar de sustentar sus sentencias, y no puede por tanto extrañar que algunas pesadillas emergidas en la época con la técnica moderna, sean minimizadas o desconocidas por éstos. Para el científicista no cuentan sino los logros. En lo que hace a la problemática aquí examinada, esto es a la significación de las neurociencias para el psicoanálisis y por tanto en el examen de lo humano propiamente dicho, una perspectiva que se destaca desde esa postura es el asunto de la eficacia terapéutica, tema acerca del cual hay mucho para discutir. Si J.-A. Miller quiso llamar la atención hace algunos años sobre la importancia de que los analistas de la Orientación Lacaniana abordaran el tema, es, a mi juicio, por cuanto la eficacia terapéutica no puede ser un tabú para los analistas (y dejó de serlo en la Orientación Lacaniana con el llamado de Miller), a partir de su defensa de la necesidad de reconocer lo incurable en el *hablanteser*. Y si Lacan se ocupa en construir con filigrana, y sin contemplaciones con sus postulados previos, su teoría del *sinthome*, también

es porque reconoce que hay vías de desarrollo para el psicoanálisis más allá de lo establecido, en ese y en otros órdenes.

### Lacan y las neurociencias

He destacado la importancia que tiene distinguir las neurociencias propiamente hablando de sus enlaces con el cognitivismo conductista aun si, como es sabido, muchos neurocientíficos se asumen hoy como cognitivistas. Este punto admite diversos análisis, pero en este contexto conviene al menos indicar una referencia que permita considerar la problemática señalada desde una perspectiva lacaniana. Propongo un ejemplo, paradigmático a mi juicio, que se encuentra en la enseñanza de Lacan, y el cual está lleno de sugerencias importantes, más allá de lo que el mismo enseña directamente.

Es conocida la importancia decisiva que tuvieron los trabajos de neurólogos como Goldstein y otros especialistas en afasias, en las elaboraciones de Jakobson sobre su teoría del lenguaje, y de éstas en la construcción de proposiciones esenciales de Lacan acerca de lo simbólico, muy específicamente acerca de su concepción de la metáfora y la metonimia. Se originó así un campo teórico constituido por los hallazgos de la neurología de la primera mitad del siglo XX, por la ordenación conceptual de tales hallazgos establecida por Jakobson desde la lingüística estructural y por la construcción teórica propuesta por Lacan con estas piezas, apoyada igualmente en las tesis de Freud acerca de los mecanismos de los sueños, los lapsus y otras formaciones del inconsciente, cuyas consecuencias no dejan aun de sentirse para el psicoanálisis.

Es claro que allí hay una *decisión teórica* tanto de Jakobson como de Lacan en el sentido de no pasar por alto reconocimientos clínicos de la neurología relativos al lenguaje, en tanto comprenden con claridad que los neurólogos estaban incapacitados para interpretar correctamente sus valiosas observaciones más allá de su saber. Tanto Jakobson como Lacan son puntuales al respecto, si bien no dejan recaer la exclusiva responsabilidad en los neurólogos, sino que, como lo dice Jakobson, "también los lingüistas son responsables del retraso con que se ha emprendido una investigación conjunta sobre la afasia". [Cf. "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos", en *Fundamentos del lenguaje* (con Morris Halle), Ayuso, Madrid, 1974, p. 101]. Una interpretación suficiente de tales hallazgos solo resultaría posible contando con el aparato conceptual conveniente que permitiera extraer de allí las consecuencias necesarias y posibles para el orden humano. Los resultados de esa decisión permiten hoy afirmar que esa conjunción no solo ha incidido significativamente en varias esferas, entre ellas en todo el trabajo posterior de Lacan, sino que, por ello mismo, no debería ser considerado como un hecho excepcional en la historia del psicoanálisis; que constituye toda una orientación acerca de cómo sería posible avanzar en la comprensión de problemas de importantes para la interpretación de múltiples fenómenos.

Esto, desde luego, si tales fenómenos se examinan con las categorías epistemológicas, del lenguaje, clínicas y otras que permitan abordar adecuadamente las preguntas que así se plantean.

Eric Laurent ha mostrado en varias ocasiones (ver por ejemplo *Papers* 8) que el hecho que haya una irreductibilidad del significante a la perspectiva actual de las neurociencias es algo que, contrariamente a lo que se hace con frecuencia, debería permitir el diálogo con los neurocientíficos, y que al mejorar el intercambio en esa dirección, se abrirían espacios importantes para la investigación, para la clínica y para la teoría. Lacan avanzó suficientemente en la construcción de categorías relativas al lenguaje, más allá de la lingüística, como para poder suponer que hay allí un aparato conceptual aun no totalmente explotado en esa perspectiva (hay excepciones, desde luego, en ese sentido. Un trabajo de H. Wachsberger, por ejemplo, señala líneas de trabajo en ese sentido. Ver, "L'enfant au magnétophone", en *Lettre Mensuelle* de la ECF, No. 247, abril 2006, pp. 20-23) y por tanto, que existe una posibilidad indudable para producir nuevos reconocimientos y desarrollos de importancia.

Los límites de esta comunicación imponen restricciones a un examen más amplio de los asuntos que plantea la problemática aquí señalada. Sin embargo, estimo que las anotaciones precedentes deberían servir como una aproximación a un tema que requiere abordajes que habitualmente no son acometidos en la orientación lacaniana.